

Estrañados, vagos aun, con una expresión de temor se fijaron en los de Jaime Fugeret, tan dulcemente, que murmuró en un acceso de remordimiento y de vergüenza estas palabras apenas inteligibles.

—¡Perdón!

Y al mismo tiempo, saltó por encima de la maleza, como una fiera y desapareció.

La herida había vuelto á caer en su desfallecimiento y en su inmovilidad.

No había hecho más que entrever al hombre que debía causar la desgracia de toda su vida, más que como á los fantasmas que se ven en sueños.

El ruido del coche, oído por Jaime Fugeret, no estaba lejos; algunos segundos después el carruaje llegaba al recodo del camino y se detenía al lado de la que venía á buscar.

Después de haber dado algunos pasos por la espesura, el culpable, impulsado por la curiosidad, volvió sobre sus pasos con las precauciones de un malhechor que teme ser sorprendido, y se escondió entre la maleza, que le ocultó, hallándose á muy poca distancia de la cuneta en la cual la señorita de Arvil se hallaba tumbada.

He aquí lo que vió desde su observatorio:

La condesa, acompañada de dos hombres, de los cuales uno era el jardinero, y el otro Martín Morán, el guarda, se precipitaba, llorando, sobre su hija, la estrechaba entre sus brazos y la llamaba con tiernos nombres que Magdalena no oía.

Sin embargo, poco después, reanimada por el calor de los besos de su madre, por las sales violentas que la hacían aspirar, por los mil

cuidados que la prodigaban, la desgraciada pareció salir de un verdadero letargo y recobró el conocimiento.

Sus ojos, sin expresión al principio, parecieron buscar á alguien que extrañó no encontrar.

Aquel alguien era Jaime Fugeret, á quien había entrevisto minutos antes.

¿Por qué había huido?

¿Dónde estaba?

Y casi en seguida, al recobrar el conocimiento, se sintió invadida por un temor confuso, un terror vago, que la oprimía el corazón.

Y de repente, presa de un terror creciente, empezó á derramar lágrimas, cruzó sus brazos alrededor del cuello de su madre, y bajito, y muy cerca del oído para que solo ella pudiera oirlo, con voz quejumbrosa, con la misma que emplearía un niño enfermo, murmuró:

—¡Mamá, tengo miedo!... ¡Pronto! ¡Vámonos!...

### III

#### Después del crimen.

Cuando el coche que llevaba á la señorita de Arvil desapareció en el recodo del camino, Jaime Fugeret se decidió á abandonar el escondite desde donde había visto todo, y se acercó á la cuneta de donde acababan de levantar á su víctima.

Su rostro estaba pálido; sus dedos se agitaban convulsivamente; pero ya no era de deseos por satisfacer una pasión furiosa, era una

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
Año 1925 MONTECERTE, MEXICO

30552

emoción de temor, de vergüenza y de remordimiento.

La queja que la señorita de Arvil habían dirigido á su madre, sin oírla le había penetrado hasta el corazón.

Había leído en aquél rostro angelical, un dolor punzante, el terror de una desgracia, entrevista, la sublevación secreta del pudor ofendido.

Al volver en sí, Magdalena parecía haber conservado la sensación de la escena de profanación que acababa de ser víctima y de la cual salía sin reproche, pero, sin embargo, perdida.

El terror de sus ojos tan puros, tan castos, hería al culpable con más fuerza que los más sangrientos reproches.

Cogió éste entre sus crispados dedos un pedazo de tela de su traje y al mismo tiempo que se mordía nerviosamente los labios, exclamó:

—¡Soy el último, el más vil de los miserables!

No había nadie allí que pudiera oírle.

Después salió del escondite que había ocultado su presencia y se encontró en medio del camino.

Los ojos de Jaime Fugeret no podían apartarse del sitio del crimen.

Permaneció un momento inmóvil, con la frente surcada por una profunda arruga, con los labios contraídos y apretados, diciéndose que no olvidaría jamás los pocos minutos que acababan de pasar, preguntándose si debía huir del país ó si tendría la audacia de volver á ver á aquella desgraciada, cuando de repente al inclinarse sobre el foso un objeto brillante atrajo su mirada.

Era un delgadísimo brazaletes de oro oculto bajo las altas hierbas.

Lo cogió y lo examinó detenidamente.

En el interior del fragil círculo de metal había grabada una inscripción, una fecha: «22 de julio» debajo de dos letras una R y una M, entrelazadas.

Era el regalo de boda.

¡Roberto! ¡Magdalena!

Roberto era el nombre del joven vizconde de Bures, el futuro de la señorita de Arvil.

La envidia de Jaime Fugeret volvió á despertarse de repente.

Morán acababa de decirle que la boda estaba acordada.

¿Aquel brazaletes no era acaso la prueba del consentimiento de la joven?

Si aceptaba á Roberto de Bures por esposo, no cabía la menor duda, le amaba.

¡Peor para ella!

¡Por lo menos no sería él el único en sufrir!

Los sufrimientos no serían únicamente para él, el pobre y mísero desheredado.

Esos favoritos de la suerte son muy dichosos cuando no encuentran espinas en su camino.

Rechazó sus remordimientos.

Su rostro se transformó.

La alegría se reflejó en seguida.

Acababa de satisfacer el deseo de aquella pasión que le robaba el sueño por las noches, que turbaba su cerebro y que daba á su vida una nueva dirección.

—¡Es mía! ¡Que quiera ó que no, entre nosotros existe un lazo!

Esta exclamación venía á sustituir á la que

algunos momentos antes se había escapado de sus labios.

—¡Soy el último, el más vil de los miserables!  
¡Triunfaba!

¡Su sueño encarnaba y se trocaba en realidad!

Aquello era un hecho que nadie en el mundo podría borrar.

¡Un crimen, sin duda, una ignominia, una cobardía sin nombre!

—¿Pero y qué?

Nadie lo sabía. No había habido testigo alguno.

Solamente la señorita Magdalena, la heredera de los Arvil, la orgullosa joven, tan superior á él por sus bienes y por su cuna, conocía aquel misterio.

¿Qué podía temer? ¡Nada!

El secreto estaba asegurado.

¿Cómo hubiera podido acusarle sin deshonorarse ella misma?

No se atrevería tampoco á tomar á nadie por confidente de su desgracia, ni á su confesor, ni á su madre, tanto por pudor como por orgullo.

¡Ah, qué bien la juzgaba!

Sus labios se negarían á divulgar el odioso secreto.

Quedaría entre ella y él.

¿Y quién podía prever el porvenir?

¿Por qué una vez vencida, y no queriendo pertenecer á otro hombre, no había algún día deconsentir en ser de él cuando se hubiese creado un porvenir, un nombre, por cualquier medio? ¡Ah, si hubiese tenido tan solo esta esperanza!

¡Si ella le perdonase!

¡Si ella animara su valor tan solo con algunas palabras!

¿De qué no sería él capaz?

Se expatriaría en aquellos países lejanos, al otro lado de los mares; iría en busca de ese oro objeto de todas las miras, buscaría minas de este metal si era preciso, lo emprendería todo, lo removería todo, no habría nada imposible para él.

Exaltado por estas quiméricas esperanzas, estaba casi hermoso.

Su triste rostro, sus sombríos ojos, su altiva frente, ancha é inteligente, atrevida y voluntaria, iluminada con un rayo de alegría que transfiguraba aquel mismo rostro tan despreciativo como asqueroso algunos momentos antes, que le daba el aspecto de una fiera más que el de una persona.

Apretó nerviosa y cariñosamente entre su mano el brazaletes roto que acababa de recoger del suelo, y abandonando aquellos lugares donde había ganado una batalla decisiva, se alejó á toda prisa, dirigiéndose á los Esarts.

Su paso parecía elástico; su talla permanecía recta, y sus negros ojos miraban valientemente hacia adelante.

Ahora su horrible crimen se le presentaba únicamente como un sencillito desquite de las humillaciones de su infancia; podía desafiar al porvenir, tenía un talismán contra su mala suerte.

Cuando después de salir del bosque se internó por los caminos que atraviesan los campos sembrados de piedras y de malezas, en medio de los cuales están edificadas las pobres chozas

de los Esarts, tenía el aspecto de un conquistador.

En las chozas próximas á la de su madre no habían quedado más que mujeres.

Los hombres, obreros todos, ocupados en los campos ó en el bosque, se hallaban trabajando y no debían volver hasta por la noche.

Pasó por delante de algunas, saludando cariñosamente á las dueñas, y poco después se halló delante de la de su madre.

Era una pequeña casa muy baja, sin piso superior, cubierta con helechos secos y paja, con cuatro huecos que iluminaban otras tantas piezas.

El primero había servido de taller á su padre.

La cocina estaba al lado.

Las camas estaban situadas en las otras dos habitaciones, sin el menor lujo.

El ingenioso fabricante de zuecos había construido por sí todo el mobiliario.

Y hacía ya mucho tiempo.

El aspecto de aquella habitación no era sin embargo como pudiera creerse.

El jardinito que rodeaba á la choza le daba cierta gracia.

Un paisajista lo hubiese copiado con gusto.

Las plantas que el joven había traído del castillo y que debía á la generosidad de los jardineros de las señoras de Arvil, cubrían las paredes de arriba á abajo, trepaban por la fachada y llegaban hasta la chimenea que se hallaba en la parte opuesta á la de la entrada. Poseía además aquella cabaña un atractivo real.

En el momento en que el joven iba á fran-

quear el dintel de la puerta, se detuvo ante una aparición que no tenía nada de desagradable.

Una muchacha de unos veinte años apareció de repente en la puerta.

Figúrense una aldeana de cabellos negros, cayendo en bucles por debajo de un pequeño gorrito de tela, con adornos y de una blanchura estremada, con una cabeza redonda, en la cual se destacaban una ancha frente, moñetudos carrillos de color de ambar, duros como manzanas, unos labios de púrpura y unos dientes del más puro esmalte y unos ojos grandes y expresivos.

Su talle, un tanto grueso, carecía de gracia sin duda á causa del corte del vestido y del corsé; tenía las manos muy coloradas, quizás por el exceso de trabajo, del continuó lavar y fregar los suelos; pero el conjunto era hermoso, fresco y cuidado en cuanto podía pedirse.

Su sonrisa indicaba una de esas naturalezas sencillas, buenas, llenas de abnegación, sin envidia, que se dejarían quemar vivas por salvar á una persona para ellas querida.

Era Brígida, á la cual Morán el guarda, había hecho alusión algunos momentos antes del crimen, una prima, pobre, sin padres, á quien los Fugeret habían recogido muy chiquitita y habían educado en el temor de Dios, lo mejor que pudieron, compartiendo con ella el duro pan tan penosamente ganado y que á menudo solía faltar en aquella humilde morada.

Al oír el ruido de los pasos de su primo se había colocado en la puerta y con un dedo en los labios le avisaba diciendo:

—¡Silencio, está durmiendo!

Y esto dicho, salió, se sentó en un banco que habia en la derecha de la puerta, y añadió:

—Hace un buen rato sufría mucho la pobre, pero la señorita ha venido á traer los medicamentos que el médico ha recetado. Creo que ella misma ha ido á galope tendido á buscarlos á Paimpoint, á casa del doctor. Buena carrera, ¿verdad? porque ya sabes que está lejos. ¡Qué corazón! Es de oro. En cuanto que llegó, dió una cucharada á tu pobre madre, en seguida cerró los ojos y no se ha vuelto á despertar.

—¿Ha estado mucho tiempo?

—¿La señorita Magdalena?

—Claro...

—No mucho... un cuarto de hora...

—¿No ha dicho nada?

—Sí... que están esperando forasteros en el castillo... que tenía que marcharse en seguida... que volvería en cuanto que pudiese...

Brígida miró á su primo con extrañeza, y con el acento que se emplea para hablar con los seres más queridos, le dijo:

—¡Pareces tonto! ¿Qué te pasa que no me escuchas?

—Sí te escucho.

—Parece que estás muy contento.

—¿Lo crees así?

—No cuesta gran trabajo comprenderlo...

¿De dónde vienes?

El joven se estremeció.

¿De dónde venía?

No se hubiera atrevido á decirselo á aquella humilde y honrada aldeana, á aquella muchacha que se hubiese sonrojado de indignación y

de vergüenza, si su primo hubiese tenido el cinismo de haberla revelado la verdad.

—¡Caramba! ¡ya lo sabes!—exclamó con impaciencia.

—¿Del presbiterio?

—Sí, allí he estado primeramente.

—¿Has visto al señor cura?

—He almorzado con él.

—¿Está contento contigo, eh? Ayer mismo se lo decía á tu pobre madre. Está orgulloso por lo mucho que aprovechas... Te predice un brillante porvenir...

—¿Cómo el presente suyo?

—Sin duda como el suyo—dijo Brígida, cortada por el tono tan irónico que su primo había empleado;—quizás mejor...

Jaime Fugeret contestó brutalmente:

—Se equivoca.

—¿Dices?...

—Que se equivoca por completo.

—¿Por qué?

—Por una razón muy sencilla: ¡Quiero disfrutar del aire y del sol como todo el mundo, quiero tener una existencia libre, sin cadenas que me sujeten!...

—¿Qué dices?

—Lo que pienso.

Brígida juntó las manos como si su primo hubiese dicho una blasfemia.

—¡Pero es posible!—murmuró.

El joven continuó diciendo:

—No hablemos más... Ya está todo arreglado.

—¿Pero qué es lo que vas á hacer de ahora en adelante?

—Muy sencillo, procuraré ganarme la vi-

da como todo el mundo... iré tirando como pueda.

—¿Te casarás?

En la mirada de la joven se había dibujado una gran ansiedad.

Quizás esperaba una respuesta más grata que la que brotó de los labios del joven.

—No lo sé—dijo sin volverse hacia su prima.—Asunto es este en el que no he pensado nunca.

Permanecieron silenciosos un buen rato.

La joven para disimular su emoción, entró á ver si la enferma se había despertado y volvió á salir al poco rato.

—Está mejor—dijo.—Sigue durmiendo. Si te oyese, qué golpe. Ella que estaba tan contenta porque te creía á cubierto de las necesidades, que tenía la satisfacción que constituía para ella una gloria, tener un hijo en una parroquia, en las mismas condiciones que el abate Aselin.

—¡Valiente cosa!

—¿Qué, esperas ser más?

—¿Quién sabe? Mi madre no puede preocuparse ya mucho de lo que ha de ser de nosotros en esta vida, á menos que en el otro mundo se ocupen de lo que pasa en este.

—¿Tan enferma la crees?

—Muy grave.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie; estas cosas no necesitan decirse. La enfermedad ha de trabajar poco para acabar con ese pobre cuerpo tan quebrantado por el trabajo y las privaciones. No durará mucho tiempo.

—Quizás te equivoques. La señorita me de-

cía no hace aun una hora: «Cuidadla mucho, Brígida... Vamos á ver si logramos que se cure pronto...»

Jaime Fugeret, que se había levantado y se paseaba muy agitado, se volvió de repente.

—¿Ha dicho eso?—preguntó—¿Estás segura, Brígida?

—Tan cierto como te estoy viendo. Se toma mucho interés por nosotros, hace cuanto puede por ayudarnos. En el castillo tengo yo trabajo todo el año y aquí vivimos con lo que yo gano, gracias á ella y á su madre... ¡Son unas almas muy generosas, mi querido Jaime!

El joven continuó sus paseos, diciendo:

—¡Es posible... es posible!

Después se paró en el borde del camino y miró á lo lejos, con las cejas fruncidas, descontento de sí mismo y de los demás, por aquel concierto de elogios, que él sabía eran merecidos y que hacían el crimen aún más odioso.

Volvióse de repente hacia Brígida:

—¿No decias que esperan forasteros en el castillo?

—Creo que sí.

—¿El señor de Bures, quizás?

—No lo creo.

—¿A quién, entonces?

—No lo he preguntado... Más bien supongo que sea á la señorita Duprat y á su tía, ya sabes, la señorita Hortensia, la amiga de la señorita.

—¡Ah! sí... la rubia, tan blanca como la leche, que se rie sin cesar y se burla de todo.

—Es muy buena.

—No lo creo.

—Porque tú todo lo ves al revés de como es. Quiere mucho á la señorita.

Jaime Fugeret movió la cabeza.

—Dejemos á la señorita Duprat y á su anciana y solterona tía—dijo.—No me son simpáticas. ¡A ellas poco les puede importar! ¿Acaso existimos nosotros para esa clase de gentes? Yo creí que el señor de Bures vendría en seguida.

—Si no viene, no por eso deja de escribir—dijo Brigida sin malicia.—La señorita recibe carta suya casi todos los días. ¡Qué hermosa pareja harán... son además tan ricos!

Los lábios del joven se plegaron con una amarga sonrisa.

—No creo que la boda se verifique en seguida, ó me llevaría un gran chasco.

—¿Y quién lo impediría?—preguntó Brigida con sorpresa.—Según creo, todo está dispuesto... y se casarán en París á fines de invierno...

—¡Puede... puede!... Pero á veces ocurren cosas que no se pueden prever...

—¿Y qué puede ocurrir?

—Cuando salí del presbiterio, estuve en el castillo, ó muy cerca por lo menos, porque no me gusta entrar... Estaba en el camino que conduce á los Esarts, ya de regreso, y venía yo pensando y trazando planes para el porvenir... Cuando me hallaba cerca del camino que por el bosque conduce á Patis, por la Forge, he oído el ruido de un coche en la alameda de Ormes... Me pareció extraño, porque por allí no pasa casi nunca nadie. Aquel coche iba muy deprisa, el caballo iba á galope tendido. He pensado que podía haber ocurrido alguna

desgracia. La señorita no tiene miedo á nada, y hace tiempo que temo que la ocurra algo grave, y no me he equivocado.

—¿Se ha caído del caballo?

—Sí.

—¿Se ha herido?

—¡Claro!

—¿Gravemente?

—¡Lo temo!

—¿Cómo lo sabes tú?

—Al oír el ruido del coche me dirigí al sitio donde me presumía que el coche se dirigía. En efecto, poco después se detuvo, y entonces, oculto en el bosque, he aquí lo que he visto.

Y explicó en pocas palabras lo que había ocurrido, la precipitación de los criados, sobre todo de Morán, fiel como un perro, que no quería separarse de su ama, el pesar que les embargaba por no poder hacerla volver de su desmayo, y, finalmente, el regreso al castillo.

Brigida le escuchaba con atención, muy afligida por aquella desgracia, y cuando su primo hubo acabado, le dijo con tono de reproche:

—¿Y tú no les has ayudado?... ¿Por qué te escondiste?

El contestó con brusquedad:

—Ya comprenderás que para ellas yo no puedo ser desde hoy más que una especie de réprobo... Y además, ¿qué hubiera podido hacer yo? No soy médico.

—Te equivocas, la señora se hubiera alegrado de verte...

—Ella!

—Indudablemente, en las desgracias es

cuando más se aprecian los favores... ¡Nos ha hecho tanto bien!...

—Por entretenimiento, por matar el tiempo... ¿En qué habian de ocuparse y gastar el linero en un rincón como la Forge?

El rostro de Brígida expresó de nuevo una sorpresa dolorosa y tímida á la vez.

Murmuró:

—¿Qué te pasa desde hace algún tiempo? ¡Antes no hablabas así! No te conozco.

Su primo no tuvo tiempo para contestarla.

Se oyó una queja en el interior de la choza.

Brígida se precipitó en el lecho de la enferma, pero no tan de prisa que no le hubiese dado tiempo á Jaime para poner un dedo en los labios, encargando silencio.

Cuando entró á su vez en la habitación, la voz cascada de la enferma le llamó entre dos accesos de tos.

—¡Hijo mío!

Se acercó cuanto pudo á su madre, cogió una de sus manos entre las suyas y la preguntó muy bajito:

—¿Sufres mucho?

—Ya no tengo fuerzas.

Y en seguida le dijo lo mismo que Brígida:

—¡Sabes que ha venido la señorita!

El joven se inclinó.

—Ha ido á comprar medicinas para mí... Hace cuanto puede por mí... Me he aliviado bastante... No olvides nunca lo mucho que la debemos... ¡Es un ángel del Señor!

El contestó con amargura.

—No es un ángel... ¡Es una muchacha feliz, rica y hermosa...! Si no fuese buena, sería un mónstruo...

Brígida le suplicó con la mirada.

Jaime se calló.

La enferma, absorta en su idea, continuó diciendo:

—A ella y á su madre debo el poder morir tranquila, sabiendo que tienes asegurado para siempre el porvenir. Hemos pasado muchísima miseria, Jaime, y es un consuelo para mí el pensar que á tí no te ocurrirá lo mismo, que no sufrirás como tu pobre padre, que murió de pena. Acuérdate, hijo mío, y si algún día necesitan ayuda...

—¿Que ayuda podremos prestarle nosotros? Tenemos bastante con ocuparnos de ganar para nuestro sustento—murmuró Jaime con tono feroz.

Los amortiguados ojos de la enferma se fijaron en su hijo con inquietud.

Y le dijo severamente:

—Eso está muy mal... No te comprendo.

Un acceso de tos detuvo sus palabras. Un sonido ronco salió de los labios de la enferma.

Extendió sus descarnadas manos sobre su pecho, cubierto con una franela amarilla, y las apretó para amortiguar el dolor.

Brígida acudió en su ayuda.

Vertió en un vaso una dosis de calmante que había traído la señorita de Arvil y lo ofreció á la enferma.

La tos cesó casi en seguida.

Jaime ayudó á su madre á descansar la cabeza sobre las almohadas y permaneció algunos instantes mudo é inmóvil á su lado.

El calmante no tardó en surtir efecto.

Los ojos de la viuda se cerraron y cayó en un profundo sueño.



—Alma sencilla, que no has sabido más que amar y sufrir, tienes razón quizás—pensó Jaime Fugeret.—Yo no tengo tanto valor. Quiero vivir y no morir lentamente de miseria y de privaciones. ¡Y viviré!

Jaime Fugeret extendió los brazos, y con los puños pareció desafiar el invencible destino, que se cernía desde hacía un siglo sobre los habitantes de aquella humilde choza, en la cual su madre se acababa poco á poco.

Absorto en sus pensamientos, no oyó el ruido de la barrera que se abría sobre el camino. Cuando se volvió, un hombre se hallaba de pie á su lado.

—¡Jesús!—exclamó Jaime Fugeret, adelantándose hacia el recién llegado.

—Sí, yo—dijo el otro,—y muy satisfecho por encontrarte aquí.

—Habla bajo—le dijo Jaime, señalándole el lecho.—Mi madre está ahí.

—¿Duerme?

—Sí, y muy pronto no se despertará más... Salgamos.

#### IV

#### Jesús Piriac.

La impresión que el recién llegado causaba á primera vista era la de uno de esos hombres á quienes no gustaría á nadie encontrar de noche en un camino.

Debía tener próximamente unos veinticuatro años; es decir, que debía tener unos cuantos años más que Jaime Fugeret.

Su manera de vestir indicaba una gran mi-

seria; se veía en él al holgazán, al vagabundo que ha conocido épocas mejores y que ha vivido con cierta elegancia.

La chaqueta habia salido de una buena casa. El paño azul, muy fino, pero muy usado, habia perdido casi el color; el corte anunciaba un sastre esperto. Lo demás del vestido era malo: estaba desfilachado, remendado y sucio.

La camisa, casi invisible, tenía un color oscuro, mucho tiempo debía hacer que echaba de menos el jabón; la corbata arrollada como una cuerda alrededor del cuello, no tenía color definible y los zapatos parecían haber recibido infinidad de cuchilladas.

El conjunto era detestable.

Y sin embargo, á pesar de todo, si se hacía caso omiso del vestido, el tal Jesús Piriac, á pesar de la mala opinión que de él tenía el buen cura de Saint-Jean du Desert, no era ni antipático, ni repulsivo.

Al contrario.

Mirándole detenidamente, se sentía uno lleno de piedad por aquel desgraciado, aquel pobre muchacho que paseaba la miseria con una resignación filosófica.

Tenía los ojos muy hermosos, rojos los cabellos y la cara afeitada completamente.

La frente altiva y se leía en ella gran inteligencia, la boca era pequeña y la nariz, aunque corta, afilada.

Jaime Fugeret llevó á su amigo hacia el camino plantado de árboles que habia delante de la casa.

Los dos pobres diablos eran amigos desde hacía mucho tiempo.

Jesús Piriac era hijo de un leñador de Plé-